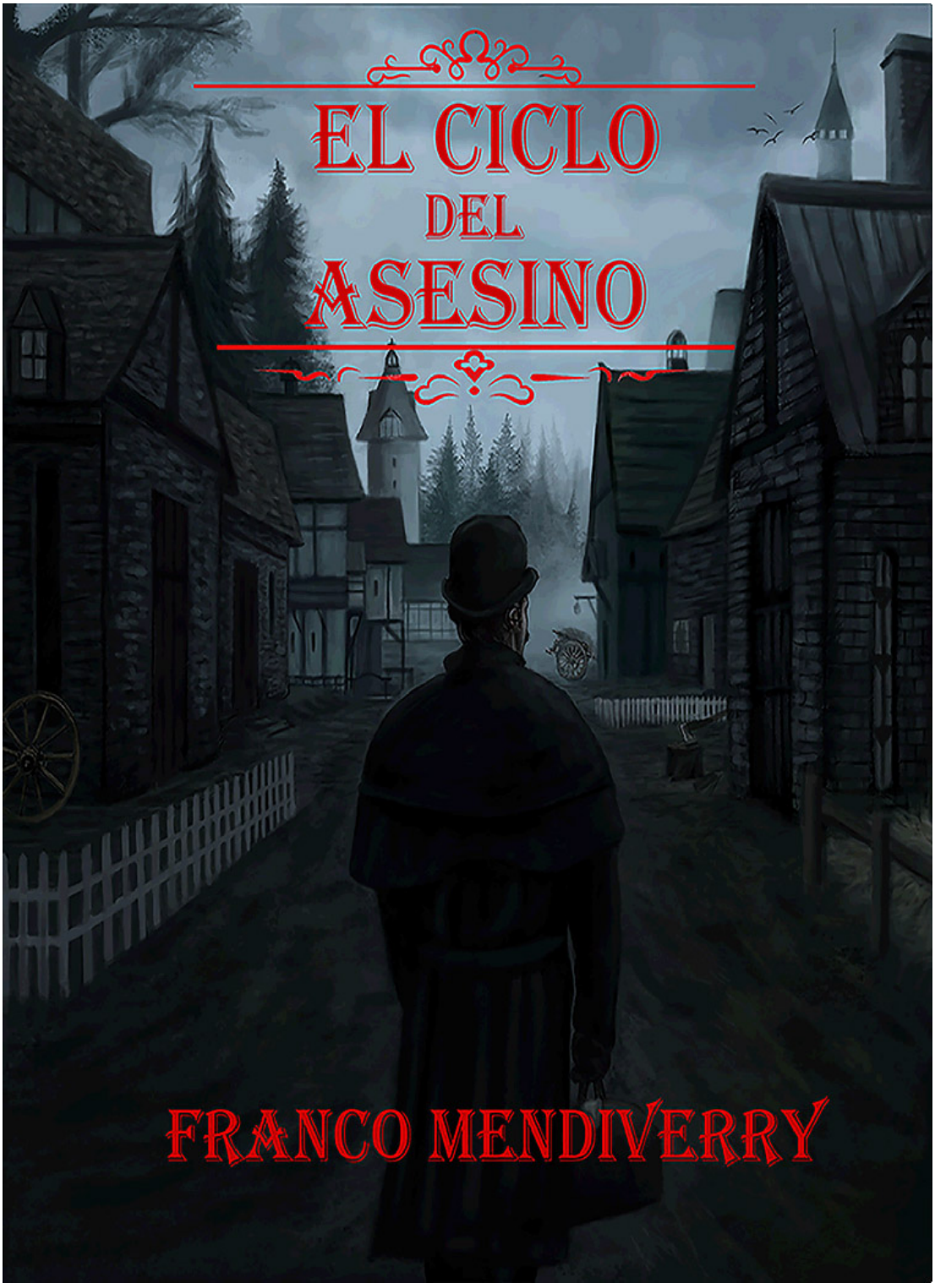
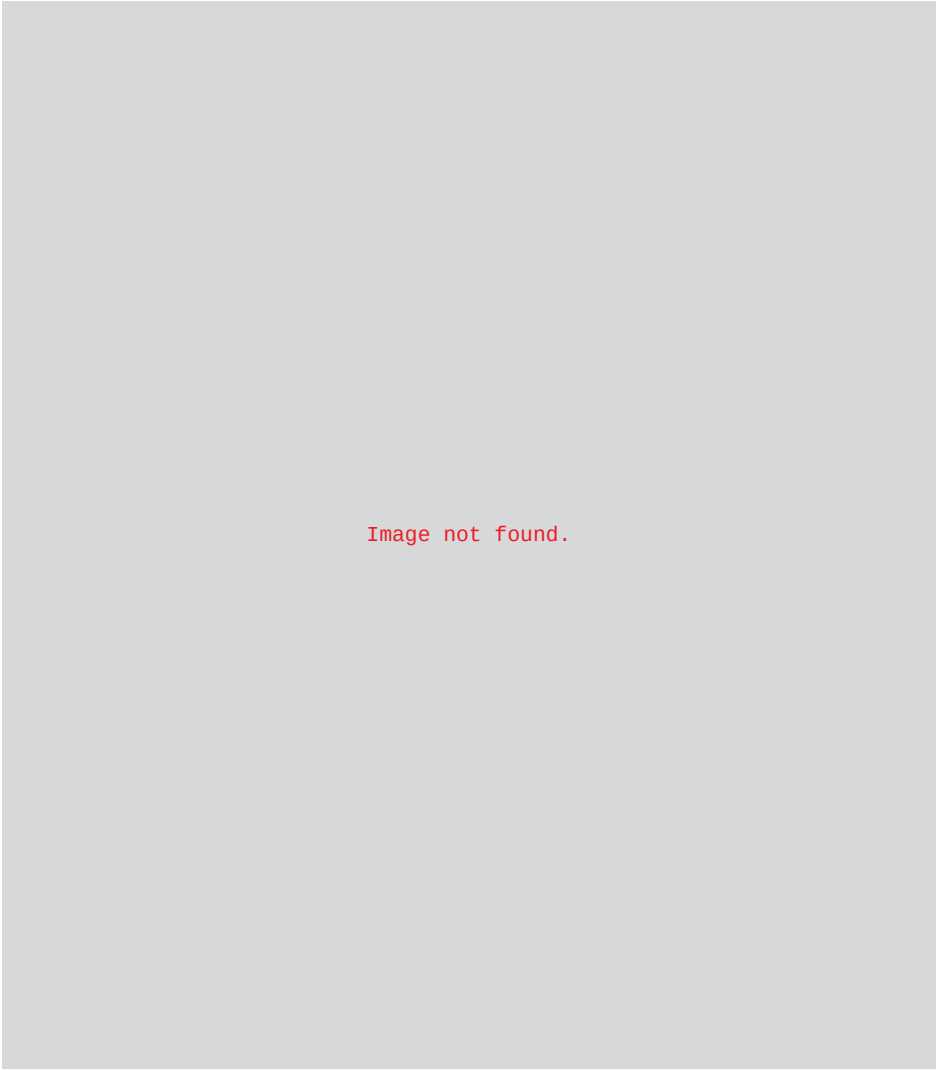
El Ciclo del Asesino

Franco Mendiverry



Capítulo 1



El Ciclo del Asesino

I

Alguien llamaba a la puerta.

Charles, el padre de la familia Burke, se levantó de la silla y caminó hacia la entrada, alejándose por un momento de la mesa donde desayunaba con su esposa Mary y los dos pequeños hijos mellizos, Fergus y Árón. Nombres irlandeses tenían los pequeños, en honor a la tierra de su abuelo materno y de su madre, y a la tierra donde su padre llegó luego de abandonar su Inglaterra natal harto de que sus compatriotas de

importante pasado familiar lo hicieran sentir menos humano.

En el trayecto se sacudió la ropa y se limpió el bigote con la manga de la camisa para asegurarse de que no lo tuviera manchado con leche. A su esposa no le gustaba que hiciera eso, pero siempre y cuando no se enterara no tendría que darle ninguna explicación. Ya ante la entrada, se delineó las cejas con los dedos índice y medio y se peinó el cabello hacia atrás, cosa que a Mary también le disgustaba porque decía que dejaba a la vista un principio de calvicie, y después abrió.

Ante él había un anciano de rostro paciente, de unos sesenta años, ataviado con un chaquetón negro sobre un chaleco abotonado que permitía ver el cuello de una camisa blanca. El viejo sonrió y sus arrugas se hicieron más profundas.

–Buen día, señor, ¿A que debo el placer de su visita? –preguntó Charles haciendo gala de las palabras con las que a él lo recibía el Granjero Wilkins, su jefe, cuando iba a pedirle por favor que le adelantara parte del sueldo o no tendría con qué darles de comer a sus hijos. Era una frase respetuosa y al mismo tiempo amable, pero en ambos casos falsa. Ni para su jefe era un placer recibir a uno de sus trabajadores ni para él lo era que un anciano interrumpiera su tranquilo desayuno.

El viejo se quitó el tricornio y le mostró al Sr. Burke su bien peinado cabello gris.

–John Gray, a su servicio –dijo inclinando la cabeza. Charles percibió el acento irlandés en las palabras del hombre. El otro, al ver que el decir su nombre no causó el efecto deseado en el dueño de casa, agregó:– El Profesor de Letras.

Charles entendió. Ese anciano era el responsable de las clases de ese invierno. El trabajo de todo profesor era ir cada invierno a un pueblo apartado de las ciudades para enseñarles a los niños y niñas a leer y escribir. Este año, al parecer, el honor era del anciano que tenía delante. Según lo que él había oído, las clases eran gratuitas, pero los padres de los niños que asistían a ellas debían darle alojamiento –una noche en cada casa– y también comida.

Era el primer año de estudio para Fergus y Árón, que en el verano habían cumplido los siete. Por supuesto los niños habían asistido a las cuatro primeras clases de ese año por deseo de su madre, que al igual que muchos otros padres en el pueblo, deseaba que sus hijos tuvieran una gran educación para que se alejaran lo más posible del duro trabajo en las granjas y en los aserraderos. Charles no estaba de acuerdo con ello, había experimentado en carne propia de lo que se volvía capaz de hacer un hombre cuando se creía mejor que otro. Por eso él quería que sus hijos vivieran con el esfuerzo de un trabajo duro. Pero Mary lo había convencido

utilizando la persuasión de la que sólo es capaz una esposa.

Sin embargo, ella estaba cada vez menos contenta de haber enviado a los mellizos a clases: desde que éstas comenzaron, habían asesinado a dos niños, el hijo de los Dilmer y el de los Pillers, ambos en días diferentes pero aparentemente del mismo modo, interceptados en el viaje a la capilla, donde el profesor enseñaba. Curiosamente, el Sr. Burke, aunque también le preocupaba este asunto, se había negado a que sus chicos dejaran de asistir, asegurando que ellos se cuidarían el uno al otro. El asesino, según él, era un cobarde que atacaba a niños solitarios.

<<Es eso, viene a eso>> -pensó Charles, haciendo alusión al hospedaje del profesor.

–Ah, el famoso John Gray –mintió–, aquel al que los niños y adultos adoran por aquí –el viejo inclinó nuevamente la cabeza, con modestia, pero diciendo <<si, ese soy yo>>–. Pase, puede acompañarnos a la mesa.

El profesor, quizás oliendo los panecillos con manteca, avanzó cruzando el umbral. Charles cerró la puerta y lo alcanzó unos metros más allá mientras el visitante observaba la sala con curiosidad.

–No hay libros –dijo.

–No, señor, porque no hay quien los lea.

–Pronto si los habrá.

–Espere, espere, no es por ahí –lo detuvo Charles antes de que el viejo entrara en su oficina, en su nido personal–. El comedor está por aquí.

El Sr. Burke pasó bajo el arco, adelantándose al viejo y luego le hizo una seña con los ojos y las cejas a su esposa, avisándole que tenían visitas.

La mujer se limpió la boca con el delantal y una vez terminó, les susurró a los niños que guardaran silencio a menos que le preguntaran algo o si ella lo ordenaba.

–Aquí está mi familia –dijo Charles invitando al anciano a pasar.

El Profesor repitió el mismo saludo.

–John Gray a su servicio, Sra. Burke.

–Buen día, Sr. Gray, me alegra conocerlo en persona.

–Niños, ¿Cómo han amanecido hoy?

Los mellizos miraron a su madre y después contestaron.

–Muy bien, Profesor –dijo Fergus.

–Con ganas de aprender –acotó Árón.

–Que niños tan entusiastas. Deben estar orgullosos de ellos…

–Siéntese por favor, Sr. Gray. Tome mi lugar, yo iré a traer una silla de mi despacho.

El viejo se sentó frotándose las manos.

–¿Le gusta el pan con mantequilla? –preguntó Mary.

–¿Conoce a algún irlandés al que no le guste?–respondió el profesor.

–Claro, conoce usted al…

–¿Puedo? –la interrumpió el profesor. Sólo había sido una manera de decir que sí.

–Emm, por supuesto, siéntase como en su casa.

John Gray tomó uno de los panes del plato que descansaba sobre el centro de la mesa y se lo llevó a la boca lentamente. Cuando dio el primer mordisco e hizo bailar la comida en su paladar, cerró los ojos mostrando un delicioso placer.

–¿Usted misma prepara la mantequilla?

–Así es.

–Tiene una gran habilidad.

Charles regresó y acomodó la silla entre el visitante y su hijo Fergus.

–Ahora que están ambos aquí, puedo preguntar si conocen los detalles de mi profesión, especialmente respecto a los hospedajes.

Charles y Mary cruzaron miradas, asintieron los dos.

–Tengo entendido que pasa una noche en las casas de los padres de cada uno de sus alumnos.

–Así es, Sr. Burke, me alegra no tener que ser yo quien le dé esos detalles, no es de mi agrado irrumpir en la casa de alguien y decirle: "por la ley 1.431, usted tiene la obligación de darme alojamiento". Lo hice una vez y la verdad al final pase la peor noche de mi vida. La segunda peor en realidad –se corrigió de inmediato, agarrando luego otro pan del plato.

–Entendemos que su visita es por esa razón.

–Entienden lo correcto, Sra. Burke.

–Sepa usted entonces que nuestra casa no cuenta con una habitación para huéspedes –dijo Mary mirando a su marido, que bajó la mirada pensando que su esposa siempre encontraba la manera de señalar las carencias de la familia.

–No tienen que preocuparse por eso –señaló con desdén el Profesor Gray–. Dios me ha dado la facultad de poder dormir en cualquier lado.

–No es usted un perro –dijo Charles con cierta molestia, levantándose de la mesa–, no dormirá como uno en esta casa. Le conseguiré una cama, aunque mi esposa no lo crea, yo tengo amigos. Que tenga buen día, señor. Adiós, niños, cariño.

–Hasta luego, Sr. Burke.

–Chau papá.

–Adiós, suerte.

Charles salió y fue directamente hasta la casa de su amigo James, el afortunado James. Subió los escalones de la elegante galería y golpeó la puerta con tenacidad. Debía darse prisa si no quería llegar tarde al trabajo.

–¡Ey, Charles! ¿Qué te trae por aquí?

–Hola, James. Necesito un favor. Sabes que no me gusta pedir algo a no ser que sea absolutamente necesario, pero creo que ahora lo es, aunque parezca tonto.

–¿Qué necesitas? Dime.

–El Sr. Gray, el Profesor de…

–Sé quién es. Se quedó con nosotros la otra noche.

–Se quedará en mi casa hoy y no tengo un lugar cómodo para ofrecerle –su amigo demostró no entender hacia donde iba con sus palabras–. Seré

directo, James, ¿puedes hacerme el favor de prestarme la cama que tienes en tu cuarto de huéspedes?

Su amigo lo tuvo en vilo por alrededor de un minuto.

–De acuerdo, Charles, te ayudaré. Iré a decirles a los muchachos que…

–No hace falta, James, vendré por aquí ni bien salga del trabajo y la cargaré hasta mi casa en la carreta. Muchas gracias.

–De nada, amigo, cuídate.

La verdad era que James no le caía tan bien. Para Charles era una amistad por preferencia más que una amistad hecha y derecha. Apenas pasaban tiempo juntos, pero cuando uno necesitaba algo (especialmente si ese "uno" era el Sr. Burke) siempre acudía primero a ver al otro.

Satisfecho con lo logrado, Charles llegó al trabajo con una sonrisa en el rostro, algo muy muy raro en él.

II

Mediodía. La hora en que los niños de la aldea, aquellos a quienes tenía a cargo durante toda la clase, debían almorzar. Así lo sabía John Gray, Profesor de Letras. Llevaban cuatro horas repitiendo la misma frase, quizá porque los niños eran demasiado lerdos, o quizá porque él no era un verdadero profesor. Quizá. Pero después de la comida los niños siempre estaban más dispuestos a escuchar sus lecciones, también sabía eso.

–¿Quieren comer en el patio hoy, niños?

Todos respondieron enérgicamente que sí, desesperados por salir del encierro de la capilla, ganándose el descontento del sacerdote, que se llevó el dedo índice a los labios y chistó para pedir que bajaran el tono de sus voces.

–Bueno, lleven sus bolsos y síganme.

Salieron. El Profesor delante, los diecisiete niños detrás. Había bancos y mesas en el patio trasero de la Capilla, bien cuidados a pesar de que las bases de madera estaban rodeadas por pastizales bastantes largos. Era un buen sitio donde almorzar, pajaritos cantando, el sol resplandeciente

brillando en el cielo, una suave brisa que traía consigo el aire perfumado con el aroma del bosque lindero al patio. El bosque tenía una buena dimensión, y a menudo los cazadores entraban a él para entretenerse, para tener algo que comer o para alejarse de sus familias. Pero hacía tiempo que ya casi nadie andaba por allí, no desde que dos años atrás una bala perdida había acabado con la vida de un chico.

Se acomodaron y poco después llegó Mary Burke hasta allí, traía consigo una bolsa.

–La comida de mis hijos –le dijo al Profesor–, la olvidaron.

Recién entonces Fergus y Árón se dieron cuenta de que sus bolsos estaban vacíos.

John Gray le sonrió a la mujer y siguió admirando a los voraces retoños de la aldea. Mary se fue, no por la calle que pasaba por el frente de la Capilla, sino atravesando parte del bosque. El anciano asintió, así se acortaba camino hasta la casa de los Burke, era bueno saberlo.

Todo siguió calmo hasta que alrededor de tres cuartos de hora después, el Profesor se dispuso a contar a sus pupilos: uno, dos, cuatro, siete, diez, quince, dieciséis y… dieciséis. Faltaba uno. John Gray miró en todas direcciones y entonces vio al niño que faltaba, de espaldas, trotando hacia el bosque.

–¡Conrad! –lo llamó– ¡Esperen aquí, niños, ya regreso!

Los jóvenes alumnos lo siguieron con la mirada hasta que el chaquetón negro se difuminó con la sombra silenciosa y estática de los árboles del bosque. Ninguno probó bocado, ninguno bebió una sola gota de agua ni de leche, sólo respiraron sin darse cuenta de ello, hasta que por fin el querido Profesor reapareció y caminó hacia ellos. El rostro de John Gray reflejaba preocupación, cosa que intentó disimular con una sonrisa falsa.

–Niños, la clase de hoy llegó a su fin. Regresen a sus casas, tomen el camino más directo, dejen los bolsos. Tú, Brady, diles a los padres de Conrad que vengan, se ha escapado.

Los chicos abandonaron el patio de la Capilla y se desperdigaron por las calles de tierra de la aldea como semillas impulsadas por el viento. El Profesor entró al edificio y aguardó.

Los Sres. Halley llegaron a eso de las 13.30 del día. Louis, que como todos había oído de los chicos asesinados, arribó portando una escopeta de gran calibre, mientras que su esposa Kelly bajó del caballo sollozando. El Padre

Ellis salió a recibirlos para apaciguar su ira, cosa que no logró.

El Sr. Halley entró a la capilla clamando por el profesor. Éste, luciendo ya totalmente descarriado, con los cabellos que rodeaban la escasamente poblada coronilla dispersos por aquí y para allá, los ojos refulgiendo con el brillo de un loco, fue a su encuentro.

–¡¿Qué es lo que le hizo a mi hijo, viejo malnacido?! –gritó el Sr. Halley, apuntándole directo al rostro– ¿Qué hizo para que él huyera de ese modo?

El Profesor guardó silencio.

–Louis, tranquilo –le pidió el sacerdote–. Él no le hizo nada.

–¡Si algo le sucede a Conrad será tu culpa, viejo!

–No le sucederá nada, hijo mío, el pequeño Conrad sólo fue curioso. Debe estar asustado en el bosque ahora mismo, arrepintiéndose de lo que hizo. Trabajemos juntos y traigámoslo de vuelta para que pueda explicarse.

–Tiene razón, Louis –dijo su esposa–, nuestro pequeño debe estar aterrado. Hay que buscarlo y traerlo a casa, luego pensemos en quien fue el responsable.

Así los cuatro salieron de la Capilla y se internaron en el bosque al grito de <<¡Conrad! ¡¿Conrad, donde estás?!>>

Las horas pasaron, el sol fue moviéndose lentamente de este a oeste, con absoluta seguridad, inmutable por el hecho de que un niño haya desaparecido. Él simplemente hacia su trabajo, salir por oriente y esconderse en occidente, nada más. El Profesor Gray, el Padre Ellis y los Sres. Halley fueron angustiándose con cada paso que dieron, con cada llamado sin respuesta que salió de sus bocas. Al final, antes de que los relojes marcaran las 17:00, el sacerdote llegó a la dura decisión de que debían regresar.

–Hagamos sonar la campana de la Capilla –dijo con su elocuencia–, los vecinos de Hope Town acudirán. Entre todos encontraremos al pequeño Conrad.

Esta vez, quien estuvo de acuerdo con él fue Louis. Kelly, en cambio, se negó a abandonar la búsqueda.

–Ve a casa, trae ropa de nuestro hijo, cariño –le dijo él entonces-. Frankie vendrá con sus perros, ellos lo rastrearan y lo recuperaremos.

Su esposa se lanzó a sus brazos y lloró sobre su pecho. Fríamente, el Profesor John Gray fue el primero en emprender el regreso.

III

Todos en la granja Wilkins oyeron el tañido de la campana de la Capilla. Los labriegos se apoyaron en sus azadas y rastrillos, los recolectores dejaron caer las bolsas sobre la tierra, el carpintero contratado por el dueño de la finca detuvo los martilleos desde lo alto de la escalera. Charles, uno de los responsables del ganado, se detuvo en seco y miró a su compañero, un tal Weger.

Todos en el pueblo conocían lo que significaban los campanazos. Un domingo podría estar llamando a los fieles a misa, pero era miércoles a las cinco de la tarde y eso sólo era sinónimo de emergencia. Los hombres sabían que debían acudir al llamado, no importaba la situación en que se encontraran. Instintivamente, el Sr. Burke pensó en sus mellizos.

–Ven –le dijo su compañero–, vamos en los caballos.

Charles montó el zaino, Weger en el manchado.

No fueron los primeros ni los últimos en llegar. Ahí estaban Michael, Thomas, Laurence, Stephen, Jack, y otros más. Entre los que arribaron más tarde, se encontraban Frankie, el de los perros, y James, el amigo que pensó demasiado. Charles no pudo evitar sonreír por esto último. Desmontó, y mientras que su compañero prefirió determinar a la distancia lo que sucedía, él se abrió paso entre la multitud hasta llegar a la entrada de la Capilla, donde Louis Halley, el Padre Ellis y el Profesor John Gray contaban desde la plataforma del tablón de anuncios a los recién llegados. Se acercó al sacerdote y preguntó qué pasaba.

–Conrad Halley, desapareció en el bosque.

Charles no indagó más.

La cuadrilla de rastreo se puso en marcha cuando Frankie y sus perros llegaron algunos minutos después de que Kelly trajera la ropa del niño. Los veinte hombres habían preparado antorchas para lo que esperaban sería una larga búsqueda nocturna, pero que sin embargo se resolvió antes de que el sol se escondiera por completo. Veinte minutos les costó a los perros encontrar el rastro correcto del niño Halley –se entretuvieron con lo que captaron alrededor de los bancos del patio– e internarse en el bosque con fuertes ladridos. Detrás fueron los hombres. Pronto los ladridos dieron paso a aullidos, como si los perros se hubieran

transformado en lobos por obra de la silenciosa sombra de los árboles.

–¡Lo encontraron! –gritó Frankie con entusiasmo.

Un entusiasmo que se borró del rostro de todos cuando llegaron y vieron a los sabuesos echados junto al cuerpo ensangrentado del pequeño Conrad. La cuadrilla se detuvo en seco a excepción de Louis, que haciendo a un lado a los rastreadores se hincó junto al niño, lo tomó por los hombros y comenzó a mecerlo dando largos y desgarradores gritos que empequeñecieron a los aullidos.

–¡Miren allí! –gritó uno de los hombres armados un momento después– ¡Hay algo en el suelo!

El Sr. Halley volvió a ponerse en pie y corrió tambaleando siguiendo el vector trazado por el dedo del señalador. Enseguida todos estuvieron alrededor de ese "algo". Era un vestido con manchas rojas junto a un cuchillo de cocina; cerca también aparecían desparramadas las migajas de una galleta. Louis levantó el cuchillo, lo miró y empezó a sollozar en un llanto que encerraba tristeza, confusión y furia. Estaba sosteniendo el arma que le quitó la vida a su hijo.

Hubo alguien en la multitud que reconoció el vestido inmediatamente, un vestido que a él le encantaba como su esposa lo lucía. Charles, Charles Burke. De manera repentina una balacera de preguntas le atacó: ¿Le sucedió algo a mi esposa? ¿Ésta sangre es suya? ¿Ella también fue atacada? ¿Qué estaba haciendo Mary en ese lugar, vestida de esa manera? Y la última ¿mi esposa asesinó al niño?

Ante todas esas incógnitas él respondió de una sola manera: echó a correr. Los dieciocho hombres que rodeaban el vestido, el cuchillo y la posible carnada lo siguieron con mirada por un momento y luego bajaron la cabeza, dejando a Louis llorar en paz.

Charles no supo cuánto tiempo pasó desde que dejó atrás la sangrienta escena del crimen, los árboles del bosque, la capilla y algunas casas y llegó hasta la puerta de la suya. Probó el picaporte, cerrada. Casi olvidó que él tenía una copia de la llave en el bolsillo de la camisa. Antes de entrar, constato que nadie lo estuviese observando mientras actuaba de ese modo nervioso, extraño en él. Afortunadamente ya estaba oscuro.

Cerró despacio la puerta y enseguida percibió el aroma de la cena: ternera. En otras circunstancias habría corrido hasta el comedor, dispuesto a devorar todo lo que hubiera sobre la mesa. Pero no eran otras, y sí esas, y no quedaba en su interior ningún vestigio de hambre.

Sus hijos estaban sentados en su lugar habitual; frente a ellos, un plato con abundante ración. Fergus y Árón sonreían, siempre lo hacían cuando

había carne para cenar.

–¿Su madre, niños? –preguntó Charles con un atisbo de temblor en la voz.

Antes de que uno o ambos de los mellizos respondieran –más de una vez decían lo mismo exactamente al mismo tiempo–, Mary apareció de la cocina cargando una bandeja con una ensalada de lechuga y huevo.

–¡Oh, querido, ¿Por qué tardaste tanto en venir?! Me estabas preocupando.

–¿No oíste los campanazos?

–Si… –dijo ella con voz queda.

Charles la miró en silencio.

–¿Fue algo grave? Los niños me dijeron que uno de los niños había huido al bosque ¿tiene algo que ver con eso?

–Todo. Conrad Halley fue asesinado –respondió el Sr. Burke ignorando la susceptibilidad de sus hijos–. Lo encontramos en el bosque, no demasiado lejos de la Capilla.

–¡Oh, Dios mío! No, Dios mío, no puede ser, el pequeño Conrad… Era sólo un niño, Charles, ¿Cómo alguien pudo hacer semejante cosa?

–Niños, vayan a la cama.

–Pero, papá…

–Sin discusión, vayan. Podrán comer la ternera en el almuerzo de mañana.

–¿Querido, que está…?

–¡Que vayan!

Fergus y Árón bajaron la cabeza, desanimados, y empezaron a caminar.

–Esperen, niños, díganme dos cosas antes: ¿A qué hora llegaron a casa?

–Cerca de las 13:30 –respondió Fergus.

–13:22 –precisó Árón–. Miré el reloj.

–¿Su madre estaba aquí cuando llegaron?

Los mellizos miraron a su madre, como pidiéndole permiso para responder. Eso a Charles no le gustó nada.

–Contesten. Si o no.

–No –dijeron al unísono y se marcharon corriendo hacia las escaleras.

–Charles, te ruego que me digas que es todo esto, ¿Por qué les preguntas esas cosas a nuestros hijos?

–Tu vestido con flores amarillas, Mary, está manchado con sangre, en el bosque –respondió él negando con la cabeza, negándose a entender lo que pasaba– ¿Por qué lo hiciste, cariño? ¿Por qué asesinaste a ese niño?

Ella lo miró, preguntándose si hablaba en serio.

–El vestido y uno de nuestros cuchillos estaban en suelo del bosque, junto al cuerpo del pequeño. Lo mataste, Mary, te ensañaste con él.

–¡Yo no hice nada! ¡No puedo creer que estés diciendo esto! ¡Escúchate, Charles! Yo no sería capaz de algo tan… repugnante. Alguien puso ese vestido ahí. Quizá, quizá… quizá el Profesor Gray.

Charles tambaleó. <<¿Mi mujer está mintiéndome? –se preguntó– El Profesor estuvo cerca de los niños todo el tiempo, él estaba a cargo de Conrad cuando huyó al bosque. Pudo haber tomado el vestido y el cuchillo por la mañana, cuando me fui. Puede ser, realmente puede ser. Además, los asesinatos habían comenzado cuando él llegó>>.

–Mírame a los ojos y dime que tú no lo hiciste, cariño.

Su esposa le tomó las manos, entrelazó sus dedos con los de él y acercó el rostro. Clavó sus ojos celestes en los de Charles, negros estos, y dijo con total firmeza:

–Yo no lo hice, mi amor, te lo juro.

IV

Charles y Mary estaban recostados en la cama, boca arriba, mirando el techo. Ninguno de los dos había conseguido dormir. De pronto, un ruido sordo. El Sr. Burke no se incorporó de un salto ni soltó alguna exclamación, simplemente escuchó. Toc–toc–toc. Golpes fuertes sobre una superficie de madera. Tras una pausa, un silencio, se repitieron de la

misma manera.

–Alguien toca a la puerta.

–Ya lo oí, cariño –contestó el Sr. Burke deshaciéndose de las sábanas y sentándose al borde de la cama. Miro el reloj: las 6:00–. Tú quédate.

Mary no respondió.

Se puso el pantalón y saliendo de la habitación se acomodó los tirantes. Fue entonces que oyó el grito, la orden de quien llamaba a la puerta.

–¡Abre, Charles! ¡Abre la maldita puerta o la echaré abajo!

Trotó hasta la puerta, metió la llave en la cerradura y a punto estuvo de abrirla, pero su mano se detuvo.

<<¿Voy a abrirle a este desquiciado? ¿Sin preguntar primero quién es y cuáles son sus intenciones? No, no, de ninguna manera>>.

–¿Quién llama? –preguntó entonces.

–Abre, Charles, o la derribaré.

El dueño de casa repitió calmadamente la pregunta.

–Louis, maldición, Louis Halley. Ábreme.

Lo pensó. Pensó si debía hacerlo. Si estaba ahí es porque se había enterado de que el vestido era de su esposa, y que el cuchillo salió de su cocina era simple de comprobar. Si le abría… ¿él entendería que todo fue una puesta en escena del Profesor Gray, que su esposa no tenía nada que ver con el crimen?

Sólo había una forma de comprobarlo. Giró la llave en la cerradura y la puerta se abrió. Louis Halley efectivamente estaba ahí, pero por detrás de él también lo miraron otras treinta personas. Su amigo James entre los de la primera fila, abrazando a la afligida madre del niño asesinado. Al menos, le contentó no ver la cara del viejo Wilkins. Sin embargo, esa escasa razón de alegría se vio empequeñecida cuando Charles vio los objetos que la multitud sostenía entre sus manos: horquillas, rastrillos, hachas de leñador, escopetas. Pudo percibir una mezcla de congoja, tristeza y un malicioso disfrute en el ambiente.

–Hazte a un lado, Charles.

–¿Qué pasa aquí, Louis?

–Lo sabes bien. Tú reconociste el vestido antes que nosotros. Quítate de en medio y omitiré el hecho de que no dijiste nada.

El rostro del Sr. Burke palideció.

–Mis hijos están adentro… ¿Qué es lo que planean hacer?

–Queremos a Mary.

–Hay una explicación, Louis, no fue ella quien… asesinó a tu hijo.

–Esa explicación deberá darla tu esposa, en el ayuntamiento, frente al Padre Ellis y al jurado. Están esperando.

–No hace falta que se llegue a eso.

–Por favor, Charles, no hagas esto más difícil –dijo James adelantándose–. Si Mary es inocente no tiene de qué preocuparse. Vamos, amigo, no te resistas o tendremos que hacerte a un lado a la fuerza.

–No entraran a mi casa.

Tres hombres salieron de la multitud como una tromba y lo arrojaron al suelo. Le sujetaron los brazos y las piernas, mientras él gritaba que era un error. Con el camino despejado, Louis Halley y James entraron a la residencia Burke con un claro propósito.

V

A Mary la sacaron de su casa y luego, ante los ojos de su esposo y de la gente, la cargaron en la plataforma de una carreta. A ella se la vio tranquila, aunque asustada por el número de personas que allí estaban. El conductor azuzó a los caballos con un latigazo de las riendas y los animales salieron al galope, meneando la testa, dejando detrás una nube de polvo y grava que pronto cubrió a la multitud.

La carreta con la sospechosa llegó al ayuntamiento a eso de las 7:30 de la mañana, pero la gente que asistiría al juicio no lo hizo por completo hasta una hora después.

Los juicios en la aldea, llevados a cabo muy ocasionalmente –podían pasar meses sin uno–, se desarrollaban al aire libre los días en que el clima lo permitía y dentro del ayuntamiento cuando la lluvia se hacía presente. Como en esa ocasión el clima no era bueno ni malo, sino estable, y

sabiendo también que el público sería muy elevado, el Padre Ellis, que oficiaría de juez, eligió la opción lógica.

En la parte de atrás del edificio se armó un simple estrado de madera –era montado y desmontado con mucha facilidad– donde en lo alto acomodaron la silla que ocuparía el juez. Escoltándolo por un lado y otro estaban las gradas del jurado –éstas fijas–, y en el sector opuesto, a unos quince metros, se habían dispuesto algunas sillas para el público. En medio del cuadrado formado por estas cuatro cosas, una silla solitaria aparecía pequeña, afligida. La silla del acusado.

Cuando por fin todos tomaron sus lugares, el Padre Ellis bajó el mazo dando comienzo al juicio.

–Estamos aquí para determinar la culpabilidad o no de Mariland Burke en el asesinato del jovencito Conrad Halley. Todos aquí sabemos cómo se desarrollan los juicios en Hope Town, yo y los familiares de la víctima les haremos preguntas tanto a la acusada como a su familia y testigos, y ellos deberán responder con la absoluta verdad.

Charles, sentado en la primera fila del público, con Fergus a su izquierda y Árón a la derecha, asintió en silencio rodeando con los brazos los cuellos de sus hijos.

–Tranquilos, niños, todo saldrá bien.

–Haré la primera pregunta –dijo el juez-. Mariland Burke, ¿Dónde estuvo usted cuando la víctima desapareció?

–No sé cuándo fue eso, Padre.

–Aproximadamente a las 13 horas del día de ayer.

Mary lo pensó por un momento.

–En mi casa.

Hubo un murmullo.

–Tendré que llamar a sus hijos para corroborar que eso sea cierto ¿Está de acuerdo?

–No… eh, si, sí, estoy de acuerdo.

–Vayan, niños –les dijo Charles.

Los pequeños avanzaron lentamente hasta quedar por delante de su

madre, frente al Padre Ellis.

–Niños, sé que esto es difícil para ustedes, pero lo único que tienen que hacer es responder con la verdad ¿entendido? –Fergus y Árón asintieron al mismo tiempo–. ¿A qué hora llegaron a casa ayer luego de que se diera por terminada la clase del profesor?

–Cerca de las 13:30.

–13:22. Miré el reloj.

–Bien, ¿y su madre estaba en casa?

Los chicos se miraron, voltearon, observaron a su madre, luego a Charles y volvieron a girar. Negaron con la cabeza.

–¡Es culpable! –gritó alguien del público y se desató un alboroto.

El juez hizo recobrar la calma con tres golpes del martillo.

–¿Y a qué hora vieron a su madre?

–Creo que después de diez minutos –respondió Fergus. Árón asintió.

–Ya pueden sentarse, niños.

En su regreso, los chicos abrazaron a su madre, y ella les correspondió besándoles el cabello. Más de uno en el público se sintió apenado.

–Mariland Burke ¿Por qué usted y sus hijos tardaron en verse?

Ella lo meditó por un tiempo algo prolongado.

–Porque estaba en la parte de atrás de la casa, recogiendo huevos para la cena.

Charles se dijo que eso era muy probable. Más de una vez se había cansado llamándola para que ella luego apareciera de la nada asegurando no haber oído nada. Además, recordó que la cena de la noche anterior contaba con una ensalada de lechuga y huevo.

–Sra. Burke, el informe dice que usted estuvo en el patio de Capilla el día de ayer a eso de las 12:15 ¿es cierto esto?

–Lo es.

–¿Fue a llevarle comida a sus hijos?

–Sí.

–¿Puede decirme que les llevó?

–Galletas.

–Descríbalas.

–Galletas con pasas de uvas.

–Traigan la evidencia –ordenó el juez.

Un hombre de cabello ralo salió desde detrás de una de las gradas y caminó por delante de ambos sectores del jurado, enseñándoles la evidencia. Luego fue al estrado y se la alcanzó al Padre Ellis.

–Tengo aquí una galleta como la que usted describe, Sra. Burke, ¿sabe dónde fue encontrado esto?

Mary negó en silencio.

–Cerca del cuerpo de Conrad Halley –dijo el juez–. ¡Silencio, silencio! –vociferó entre martilleos–. ¡Traigan el vestido y el cuchillo!

El mismo hombre salió de atrás de la otra grada, esta vez llevando en una mano el vestido de flores amarillas y el cuchillo homicida.

–Mariland Burke, ¿reconoce el vestido?

–Es mi vestido de fiesta –contestó con rapidez.

–¿De fiesta?

–Sí, sólo lo uso en ocasiones especiales.

–Bien. Profesor John Gray, pase al frente por favor.

El anciano se levantó trabajosamente de su asiento y caminó hasta quedar delante del juez. Demoró alrededor de dos minutos en recorrer esa distancia.

–Profesor Gray, ¿usted vio a la Sra. Burke ayer, cuando ella le alcanzó el almuerzo a sus hijos?

–Sí, señor juez, la vi.

–¿Reconoce este vestido, Sr. Gray?

–Sí, señor, ella lo llevaba puesto ayer.

–¡Mentira! –gritó Charles desde el público– ¡Es una patraña! Él es el verdadero...

–¡Silencio por favor, Sr. Burke! –lo acalló el Padre Ellis– La confiabilidad y veracidad de las palabras del Sr. Gray no están en discusión. Él, como erudito, respeta más que muchos de esta aldea el desarrollo de un juicio.

–¿Sólo porque sabe leer y escribir? –espetó Charles.

El juez hizo como si no lo escuchó.

–¿Qué me dice del cuchillo, Sra. Burke? ¿Lo reconoce?

–Sí.

–¿Le pertenece a su familia?

–Sí.

–Antes de que retome a su lugar, Profesor Gray, ¿puede decirme si vio irse de la Capilla a la acusada?

–Sí, señor.

–Dígame por dónde se fue.

–Por el bosque.

Otra vez los gritos de culpabilidad resonaron entre los asistentes al juicio. El anciano erudito emprendió el regreso a su asiento.

–¿La familia de la víctima quiere hacerle alguna pregunta a la acusada?

–No, creemos que las pruebas ya son suficientes –contestó Louis Halley, muy seguro de que la balanza ya se había inclinado a hacia un lado.

–¡Yo tengo preguntas! –dijo Charles incorporándose.

Más murmullos.

–No es posible que interrogue a la acusada siendo parte de su familia

–dijo el Padre Ellis.

–Pero si puedo preguntar a los testigos para demostrar su inocencia –respondió el Sr. Burke sin saber en realidad si eso era permitido.

–Señor Juez, creemos que ya…

–Silencio, Sr. Halley. Pase, Sr. Burke, haga las preguntas que desee hacer ¿Qué testigo debe pasar al frente?

–El Profesor John Gray, el verdadero asesino.

Hubo una exclamación de sorpresa generalizada. El anciano, que aún no había llegado a su asiento, continuó caminando como si no hubiera escuchado su nombre.

–Deténgase Sr. Gray. Regrese aquí.

Ambos, Charles y John, avanzaron hacia el juez y se pararon frente a frente. Se miraron. El Sr. Burke con fiereza y bravuconería, el profesor de Letras con absoluta tranquilidad.

–Adelante –ordenó el Padre Ellis.

–Seré directo –dijo Charles–. Gray, ¿Quién estaba a cargo de Conrad Halley cuando éste huyó al bosque?

–Mi hijo no huyo a ningún lado, ¡tu esposa lo engañó! –gritó Kelly, la madre de la víctima.

–Está bien, digamos sólo "corrió". ¿Quién estaba a cargo cuando el niño corrió al bosque?

–Yo estaba a cargo –afirmó el Profesor.

–¿Por qué el chico corrió? ¿Quizá usted le hizo algo que lo asustara?

Murmullos.

–Un chico corre, curiosea, explora, es inocente. Algo o alguien atrajeron su atención desde el bosque.

Charles se dio cuenta que la pregunta no había sido buena. Probó de otra manera:

–¿Cuándo se percató de que Conrad ya no estaba con el resto de los

niños?

–Cuando los conté, como hago cada treinta minutos.

–¿Y qué hizo entonces?

–Miré alrededor de mí y lo vi entre los árboles.

–¿Y qué hizo?

–Fui detrás de él.

–Sea más conciso, Sr. Burke –pidió el juez.

–¿Y lo alcanzó? –preguntó Charles haciendo caso omiso.

–Me di por vencido luego de unos minutos. Mi condición atlética no puede competir contra la de un niño.

–¿Es decir que si usted no se hubiera dado por vencido, Conrad ahora quizá estuviera desayunando como cualquier otro día?

Un aullido de Kelly fue toda la respuesta que obtuvo.

Charles no supo cómo continuar, estaba claro que su perspicacia e inteligencia a la hora de preguntar no era comparable con la del Padre Ellis.

–Sr. Burke, si no tiene más preguntas…

–Sí, si las tengo, señor juez. Cuéntame, Profesor Gray, cuéntales a todos los que están aquí donde desayunó ayer en la mañana.

–En su casa, Sr. Burke.

Murmullos.

–Usted apareció y desayunó con nosotros, y yo me marché antes. Dígame hasta que hora se quedó usted.

–Hasta las 8 a.m.

–Mi esposa es algo distraída, muchos del pueblo dicen eso ¿verdad? –Las respuestas del público fueron afirmativas–. Y también muy confiada. Quizás lo dejó a usted solo en la cocina, y entonces usted pudo haber tomado uno de los cuchillos sin que ella se diera cuenta ¿es así?

–Sí, pude hacerlo, si mi mente fuera la de un loco criminal.

–Y también pudo haber tomado el vestido que casualmente mi esposa estaba remendando antes de hacer el desayuno ¿verdad?

Charles sabía que eso era mentira, Mary no lo había hecho esa mañana, sino la noche anterior.

–Repito mi respuesta anterior –dijo el Profesor de Letras con absoluta confianza.

–Entonces usted pudo haber dejado las tres evidencias cerca del cuerpo del niño, tanto el cuchillo, como el vestido, como la galleta, que quizá agarró del almuerzo de mis hijos. Después de todo ¿Quién sería tan despistado, tan ignorante, de dejar esos objetos cerca luego de cometer semejante crimen?

–Una mujer distraída y confiada –respondió John Gray.

Charles se maldijo por dentro. Se traiciono solo.

–Es interesante su teoría conspirativa, Sr. Burke –dijo el juez– Pero dígame ¿Por qué el Profesor le haría algo así a su esposa?

No supo responder, no tenía la respuesta.

–Una teoría conspirativa sin un motivo posible se derrumba antes de ser erigida –sentenció el Profesor.

–Jurados, pueden marcharse para tomar una decisión. Ustedes regresen a su asiento.

Los hombres y mujeres del jurado bajaron de las gradas y se perdieron de vista.

Entre quince y veinte minutos más tarde regresaron y volvieron a acomodarse en sus lugares. El silencio en el público era una expectación nerviosa. Se podía sentir una electricidad en el ambiente, como si una tormenta estuviese a punto de desatarse.

–Jurado, el veredicto.

Uno de los hombres de la grada derecha al público se levantó. Charles comprobó que se trataba de su jefe, Michael Wilkins, y en cierto sentido era algo esperable: el dinero y el poder le daban a uno lugares especiales.

–El jurado ha declarado a la acusada…

Expectación, nerviosismo, rabia contenida, gozo malicioso. Todo se liberó cuando el viejo due&n